

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 232

Valencia, 21 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

U N A

oscura mani-
obra escasa-
mente diplomática

La votación de ayer en Ginebra

La República Española rechaza dignamente una conminación intolerable

Votaron a favor de España, Inglaterra y sus Dominios, Francia, Rusia y otras naciones de primer orden

Ayer lunes debía elegir la Asamblea de la Sociedad de Naciones los miembros semipermanentes de ella, que han de formar parte del Consejo, en unión de los miembros permanentes. Expiraba el período del mandato de España, y nuestro país se presentaba a la reelección. También Turquía se ha presentado.

Votaron en favor de España veintitrés naciones, y en favor de Turquía veinticinco. Las votaciones fueron dos. En ninguna de ellas hubo la mayoría de dos tercios que ordenan los Estatutos.

* * *

Este resultado parece, a primera vista, desfavorable para nuestra causa. A primera vista nada más. Y vamos a exponer las razones en que nos fundamos para afirmarlo.

Primeramente hay que considerar, más que la cantidad, la calidad de los votos. Pues bien; votaron a favor nuestro Inglaterra y sus Dominios, Francia, Rusia y otras naciones de primer orden, y se nos negaron ciertos votos por causas que, con la debida discreción, debemos analizar. Es decir, que todo el colosal Imperio británico, que se extiende por las cinco partes del Mundo, la poderosa Francia y la inmensa Rusia, a más de otros pueblos que, por su historia, su espíritu colectivo, su cultura y su fidelidad a los ideales democráticos, son exponente acabadísimo de las más altas formas de la civilización contemporánea, se solidarizaron con nosotros. Ello debe alegrarnos y enorgullecernos. Están con España no únicamente los más, sino también los mejores. El número y la calidad nos son propicios.

* * *

Como se sabe, en Ginebra, cada país representado es un sufragio. Inglaterra y el más insignificante país de América valen lo mismo a la hora de los escrutinios. Y nos parece justo y lógico.

Ahora bien; entre esos países pequeños —pequeños, unos por la población y el territorio, otros solamente por aquélla— hay varios, mejor dicho, hay bastantes que han subordinado su actitud en la votación de hoy a causas completamente ajenas a las universales e ideales que debían únicamente inspirar los acuerdos del Anfiteatro de Ginebra. Olvidando sus delegados

*Determinadas conductas o actitudes
honran o desacreditan, según son
honrados o turbios sus orígenes
verdaderos*



—¿sus Gobiernos también?— los deberes elementales a que les obligaban la raza, la historia, la comunidad de origen y la fraternidad constantemente invocada en fiestas, conmemoraciones, certámenes literarios y solemnidades científicas, artísticas y diplomáticas, y atendiendo nada más estímulos de orden muy subalterno, aunque se disfrutasen con la pomposa vestidura del humanitarismo, exigieron de la República, para dar a España sus votos y asegurarle la indispensable mayoría de dos tercios, una promesa concreta y firme.

¿Que a qué se refería dicha promesa? Al problema de las Embajadas y Legaciones en Madrid y Valencia.

* * *

Es esta una cuestión que ha sido muy discutida, no sólo en España, sino en el extranjero, y principalmente en las Américas del Centro y del Sur. Nadie ignora que desde que se alzaron Franco y sus cómplices se acogieron en Madrid a la extraterritorialidad condicional que esas Embajadas y Legaciones representaban y, sobre todo, a algunas de ellas, elementos comprometidos en la insurrección y otros que, sin estarlo, públicamente al menos, temían, por sus actuaciones políticas, ser objeto de la sanción de los tribunales de Justicia.

El Gobierno de la República, que no ignoraba nada de esto, que sabía también que en no pocas de esas residencias se alojaban elementos destacados de la quinta columna, incluso militares en activo, cuyas peligrosas actividades no cesaban de día ni de noche, se mantuvo, por prudencia, que fué considerada como debilidad, en una actitud sobremanera tolerante y sólo intervino cuando hechos repetidamente escandalosos, le obligaron a tomar medidas inexcusables de discreta energía. Y de justicia estricta.

En esos refugios, resurrección ultramoderna de los asilos eclesiásticos y feudales del Medioevo, había y sigue habiendo de todo. Conspiradores activos. Conspiradores pasivos, que esperan una ocasión. Sospechosos. Desertores. Traidores, culpables de crímenes de lesa patria. Exportadores de capitales.

Y se ha querido que la República, a cambio de unos sufragios, en su mayoría transatlánticos, se comprometiera a permitir la absoluta impunidad de todas esas gentes...

La República rechazó dignamente, con la gallardía que tiene bien acreditada en casos análogos, exigencia tan descomunal, denigrante y absurda.

Desde luego, estaba dispuesta —siempre lo estuvo— a garantizar la seguridad y salida de cuantos no hubieran incurrido en responsabilidades excesivamente graves. Pero, ¿cómo consentir que los traidores, los desertores y los criminales de derecho común, lograran una impunidad desmoralizadora e insolente?

Cuando a la República se le puso ante el dilema a que nos venimos refiriendo, los iniciadores de la extraña e inconcebible negociación hablaron, nada más, de razones nobles. Pero en Madrid, y fuera de Madrid, y también, desde luego, en Ginebra, son muchos los que saben a qué atenerse. El humanitarismo, el derecho de asilo, la inmunidad diplomática, el privilegio de extraterritorialidad, ocultan, con sus nombres sonoros, una mercancía escasamente moral. Se han hecho, y se hacen, pingües negocios bajo la capa de la humanidad y de la protección a los perseguidos por delitos de opinión. Tráficos muy sustanciosos se disimulan debajo de las solemnes frases protocolarias. Y ello explica, por desgracia para determinados prestigios, las conminaciones del domingo y la votación del lunes.

* * *

¿Que todo esto es lamentable, feo y tristísimo? Sí; mas no para nosotros. España y la República salen de la elección ginebrina —por cierto aún no terminada— tan limpias y prestigiosas como estaban antes de su iniciación y desarrollo. Quizá más; que determinadas conductas o actitudes honran o desacreditan, según son honrados o turbios sus orígenes verdaderos.

De cómo la voz de Ginger Rogers contri- buyó a rechazar en España a los "camisas negras" de Mussolini

Me llamo Vittorio Suardi. Era estudiante. Mi «carnet» de miembro de las «camisas negras» tiene el número 292. En noviembre pasado, recibí una citación urgente del «Comando Legionero», 24 de Milán. Me presenté inmediatamente en la oficina, donde un sargento me informó de que se necesitaban voluntarios para la colonización de Abisinia. A cada uno de ellos se le pagarían veinte liras diarias y los que dejaran familia en Italia tendrían un suplemento diario de 3'90 liras, más 1'50 liras por cada niño o anciano.

El 18 de diciembre me embarqué en el «Lombardia», en el puerto militar de Gaeta. Cinco días después, divisamos Cádiz. Mientras nuestro barco entraba lentamente en la bahía, nuestro coronel pronunció un discurso por el micrófono.

«Antes de ir a Abisinia —dijo— hemos de ayudar a nuestros amigos españoles a limpiar a su país de las hordas rojas. ¡Ved ese enorme gentío que os recibe como libertadores! ¡Seréis tan cobardes que defraudéis a esas gentes? ¡Si entre vosotros hay seres tan viles que quieran retirarse, que levanten las manos! ¡Este barco los devolverá a Italia, deshonrados para siempre!»

En tierra, el entusiasmo llegaba al delirio. Los sombreros eran lanzados al aire y los pañuelos flameaban como pequeñas banderas. La muchedumbre gritaba, cantaba, bailaba y alzaba carteles y estandartes en los que podíamos leer: «¡Viva Italia!» «¡Viva Mussolini!» Los hombres levantaban a los niños en hombros como si nos los ofrecieran.

Es emocionante ser recibidos como salvadores.

Luego comenzó la lucha. La toma de Málaga fue un simple paseo militar para nosotros, pues cuando mi compañía llegó, la batalla había terminado. Todo lo que oí de la lucha fueron unos cuantos disparos lejanos de ametralladora. Nuestra entrada en la ciudad conquistada fue una repetición del desembarco en Cádiz.

Desde Málaga fuimos al Norte. Se terminaron las aclamaciones; ya no había flores ni muchachas sonrientes. Íbamos en camiones por montañas desiertas. Cuando pasábamos por los pueblos, los campesinos nos miraban fijamente en silencio; para ellos era la guerra, y la incertidumbre de alimentos y materias había despertado el odio.

Entramos en acción por primera vez en Montemayor, en el frente de Córdoba. El paseo hacia Málaga nos había dado confianza y estábamos seguros de la victoria cuando atacamos a la bayoneta las posiciones enemigas. Eran las tres de la tarde. Todo estaba tranquilo. Parecía que el enemigo había desaparecido.

De pronto, las ametralladoras comenzaron a tabletear. Oí el silbido de las balas. Vi caer y quedar atrás a varios de mis camaradas. El enemigo nos había dejado aproximar para segarnos mejor. Me tendí detrás de un montículo e hice fuego. A la derecha e izquierda, mis camaradas habían empezado también a disparar.

Esto duró una hora. Luego, empezaron a estallar granadas cerca de nosotros. El fuego de las ametralladoras aumentaba rápidamente. Vi a varios de mis camaradas levantarse y correr agachados hacia la retaguardia. Varios cayeron en el camino. Pronto estuvimos en las trincheras de donde salimos. Habíamos dejado muchos muertos y heridos en el campo de batalla.

Cuando vino la noche, volvimos al ataque. Esta vez llegamos más cerca del enemigo; pero el único resultado fue que quedábamos expuestos a las granadas y a las ametralladoras y fuimos diezmados. Regresamos al punto de partida y supimos que otra compañía había conseguido desalojar a los republicanos de una de sus posiciones. Pero, al día siguiente, tuvo que retroceder ante un terrible bombardeo. Hablábamos muy poco. Sabíamos que muchos de nuestros camaradas no contestarían al pasar lista. ¿Qué podíamos decir? Cada uno dudaba de la opinión verdadera del vecino y desconfiaba de él. Desde aquel momento hasta Guadalajara, me sentí como caído en una trampa.

Aquella noche se nos ordenó marchar. De nuevo viajamos en camiones por montes desiertos.

Hay un hecho cierto: el enemigo está tan bien armado como nosotros y no necesita lecciones de valor. Nos hallamos en una guerra de verdad.

En las orillas del río Jarama fue donde conocí el frente de Madrid. Los republicanos tenían las alturas que dominan los pueblos de Morata de Tajuña y Arganda, una especie de bastiones de la ciudad de Perales de Tajuña, que se alza a un lado de la carretera de Valencia a Madrid.

Nuestros jefes creyeron oportuno hablarnos para excitar nuestro valor.

«Tenemos que tomar esas alturas al asalto —dijeron—, barrer Morata y Arganda y marchar sobre Perales. Nuestro será el honor de cortar la carretera de Valencia. ¡Adelante, muchachos! ¡Sed merecedores de la confianza que en vosotros ha puesto el duce! ¡Viva Mussolini!»

Atacamos en la madrugada del 23 de febrero. Volvimos a atacar por la tarde y repetimos el ataque por la noche. Todas las veces fuimos rechazados por las Brigadas Mixtas Internacionales, que defendían las alturas. Ni siquiera conseguimos acercarnos a las trincheras enemigas. Terminó el día y no habíamos ganado una pulgada de terreno.

En la tarde siguiente, 24 de febrero, atacamos de nuevo. Y durante la noche realizamos otro ataque. Al amanecer, nos encontrábamos en el punto de partida.

Teníamos frío y hambre. Desde que comenzamos los ataques, los convoyes de víveres habían sido interceptados por la artillería republicana.

Por la mañana temprano se elevaron desde nuestro campo unos veinte aviones y trataron de volar sobre las líneas enemigas para bombardear aquellas endiabladas baterías que cortaban nuestras comunicaciones.

Esta empresa tuvo escaso resultado. Nuestros aviadores se vieron pronto obligados a huir de los maravillosos aviones de los republicanos: pequeños aviones de caza que se elevan a velocidades extraordinarias y que casi de una vez abatieron en llamas a tres de nuestros aparatos de bombardeo.

Aquella tarde, durante un momento de calma, el altavoz del frente empezó a hablar. Su potentísima voz mecánica permitía a los republicanos hacerse oír a más de tres kilómetros a la redonda, y nos dio, despiadadamente, noticias de nuestros fracasos.

«¡Alló! ¡Alló! —gritaba el altavoz en la noche— ¡Camaradas italianos, venid a nosotros sin miedo! ¡No seréis ni fusilados ni maltratados! ¡Camaradas italianos: no

luchéis contra la libertad! ¡Venid con nosotros!»

Aquella enorme voz hablándonos en italiano y de noche, parecía diabólica. Nos imaginábamos, detrás de sus líneas, al speaker desconocido, encorvado en la celda blindada de su coche, obligándonos a sufrir, y después del bombardeo por los cañones, el asalto de sus palabras desmoralizadoras.

«¡Alló! ¡Alló! ¡Escuchad el Altavoz del Frente! ¡Camaradas italianos, salud! ¡Las Brigadas Internacionales, repito, han rechazado vuestros ataques! ¡Atención! ¡Repito otra vez, camaradas italianos: las Brigadas Internacionales han rechazado vuestro ataque!... ¡Alló! ¡Alló! ¡Escuchad atentamente! vais a oír un número de música de la película «Sombrero de copa» y después os volveré a hablar de la derrota que se os acaba de infligir...»

Puede imaginarse la escena. La voz de Ginger Rogers, ampliada 100 veces, apagaba el tableteo de las ametralladoras a lo largo del frente, y extendiendo sobre cerca de cinco kilómetros de éste la letra de la famosa canción «Piccolino». La oye el vivo, el herido y el agonizante. Y al sonar la última nota sobre el campo de batalla, el speaker infernal vuelve a su letanía:

«¡Alló! ¡Alló! ¡Camaradas italianos: escuchadme. ¡Acabáis de oír un número del «Sombrero de copa»! ¡Alló! ¡Alló! Ahora, voy a daros nuevos detalles de vuestra derrota. ¡Escuchad con atención! El número de vuestros muertos pasa de 400... Repito... el número de vuestros muertos pasa de 400. ¡Alló! ¡Alló! ¡Escuchad ahora: «O sole mio...»

Durante toda la noche, el Altavoz del Frente alternó canciones de ópera, información desmoralizadora y llamamientos a la fraternidad.

El 28 de febrero empezamos a prepararnos para la batalla de Guadalajara. Se nos había dicho que ésta había de ser la gran ofensiva, la victoria final que produciría la caída de Madrid y el término de la guerra. Sin embargo, las últimas pruebas amargas sufridas nos habían quitado gran parte de nuestra confianza. La noticia que nos llegó de la derrota sufrida por otras tropas italianas en Sigüenza, disminuyó aún más nuestro entusiasmo.

Por fin, el «Bataglione Carroccio 524», al que yo pertenecía, salió hacia Villaviciosa, con el «Bataglione Indomito», a su flanco y apoyado por potente artillería.

Los corresponsales de Prensa han afirmado que llevábamos, cosido a la espalda, un trozo de tela negra que había de servir de blanco a las tropas de nuestra retaguardia, en caso de que intentásemos huir. ¡Es necesario decir que esto no es cierto! En efecto, salimos de la manera más natural, como salen los soldados cuando reciben la orden de marcha, sin vacilaciones, sin protestas y sin pensamiento alguno. Nos daba aliento saber que estábamos apoyados por tanta artillería y tanta aviación. Parecía que constituíamos una fuerza enorme.

En tres días llegamos a nuestras posiciones de combate y las fortificamos. Una lluvia fina siguió a grandes tempestades de nieve.

Los primeros días, nuestros aviallamientos se hicieron normalmente. Pero el 8 de marzo, por primera vez nuestro alimento no pudo llegar. En vez de sopa se nos dieron dos cuartillos de agua para 40 hombres, y empezamos a cortar los cigarrillos por la mitad para hacerlos durar.

El día 9 de marzo ocurrió lo mis-

mo. Sentimos entonces que la retirada de nuestros enemigos había terminado, que iba a empezar la gran batalla. Sonó el cañón. Los camaradas de las posiciones avanzadas nos hablaron de luchas terribles. Esperamos ser lanzados a la acción de un momento a otro.

El 10 de marzo, corroidos por el hambre, empezamos a aguantar el bombardeo. Al mismo tiempo, recibimos nuevas noticias. Los rojos contraatacaban con violencia extraordinaria y sospechábamos que las posiciones de las cuales partimos estarían pronto a la defensiva. Durante la noche del 10 al 11 de marzo, nos llegó algún alimento. Tomamos un poco de sopa fría y comimos un pedazo de pan y un poco de queso. Guardamos, para beberla por la mañana, la ración de café, que fue distribuida al mismo tiempo.

El 11 de marzo no llegó alimento alguno. Aumentó el bombardeo. Los disparos de los fusiles se oían a pesar de las explosiones de la artillería. El frente se acercaba a nosotros. Vimos centenares de heridos.

Y aquella tarde, tomamos parte en la función.

A las tres, salimos de nuestras posiciones y atacamos al «Bataglione Garibaldi» de la B. I., el cual, con dos Batallones más a sus flancos, había forzado nuestras avanzadas.

Italianos contra italianos en tierra extranjera!

Aunque somos hermanos hostiles, estamos vestidos casi lo mismo. Nos diferenciamos en los cascos, en los pantalones y en lo fusiles. Los nuestros son italianos, los de Garibaldi son rusos. Pero no tenemos tiempo para pararnos en estas cosas. Los hombres que nos atacaban eran nuestros enemigos. Había que luchar.

Por un momento pudimos creer que la ventaja estaba de nuestra parte. En nuestra salida abrimos fuego y causamos bastantes bajas en las filas enemigas. De repente, en medio de la lucha, los aviones de caza descendieron sobre nosotros. Volaban muy cerca de tierra y escogiendo un grupo tras otro, nos destrozaron con disparos de ametralladoras de cuatro cañones.

¿Qué podía hacerse contra esas ráfagas metálicas que venían del cielo? Huimos, hacia las posiciones preparadas de antemano.

Una rápida carrera, un salto al hoyo y entonces cogimos granadas de mano y pusimos los fusiles en las tronadoras. Del ataque habíamos pasado a la defensa.

Durante la noche, la lucha disminuyó. A ambos lados, los hombres se ocupaban en organizar las posiciones. De nuevo se nos entregaron dos cuartillos de agua para cuarenta hombres. Ningún alimento. Nada más. El día había sido terriblemente duro. Había cientos de muertos, cientos de heridos y cientos de prisioneros. Soldados, sargentos, e incluso oficiales, presa de un pánico horroroso, habían huido a la mayor velocidad posible o se habían rendido.

Muertos de cansancio, los que fuimos abandonados en el lugar, nos acurrucamos en hoyos llenos de barro. Se nos acabó el agua. Desde el amanecer, los aviadores de ambos lados lucharon sobre nuestras cabezas y los restos de los aparatos caían sobre nosotros.

De pronto, cerca de mí, cayó una granada: era la primera del día.

Los republicanos habían salido sin ruido y se arrastraban hacia nosotros.

Al hallarse cerca, se levantaron y cargaron sobre nosotros, arrojando granadas al mismo tiempo. ¡Fueo!

Nuestra respuesta no se hizo esperar. Nuestras ametralladoras contruyeron al enemigo, volvimos a nuestro papel de atacantes. Ellos, como antes nosotros, se resguardaron en hoyos y tiraban granadas. También nosotros se las arrojábamos. Las pérdidas fueron grandes en ambos lados.

De improviso, unos cincuenta tanques salieron de la niebla y avanzaron en dirección nuestra. Detrás de ellos, se agrupaban los refuerzos republicanos. Y nuestros ametralladores abrieron fuego con las ametralladoras especiales. Pero sólo lograron alcanzar a dos máquinas. Las otras avanzaban poco a poco, arrojando metal y fuego. ¿Qué podíamos hacer? ¿Esperar hasta que los tanques nos redujeran a polvo? Preferimos marcharnos. De todos modos, no sabíamos ya lo que hacíamos: obedecíamos, en parte, a nuestro instinto y, en parte, a lo que aún quedaba en nosotros de reacción automática militar. De un salto estábamos fuera corriendo. Pero el enemigo estaba en todas partes, e incluso detrás de nosotros. El cielo mismo nos era hostil, lleno de escuadrillas republicanas, que evolucionaban.

Nuestra huida se efectuó bajo el fuego de los fusiles, de las ametralladoras, de los tanques y de los aviones. El campo estaba cubierto de cadáveres de nuestros compañeros. Los que quedaron con vida ya no eran combatientes, sino fugitivos que imploraban piedad.

Esperábamos ser tratados de acuerdo con las leyes de la guerra. Ni por un momento pensamos que éramos cómplices de los militares rebeldes, y como tales, sin los derechos al tratamiento que tienen los prisioneros de guerra. No, estábamos vestidos de soldados, luchábamos como soldados, debíamos ser tratados como soldados.

Habíamos perdido nuestros fusiles. Y el drama tuvo una terminación rápida. Seis milicianos corrieron hacia nosotros y nos llevaron con ellos. Éramos prisioneros.

En aquel momento conocí el estremecimiento de un miedo nuevo. ¿Dónde me irían a fusilar? La angustia me oprimía la garganta.

Cinco horas después, estaba en Alcalá de Henares, ante una comida suculenta: cordero, judías, pan y vino. Tenía hambre, tenía sueño.

De esta manera terminan todas las batallas del mundo, ya sea uno vencedor o vencido. ¡Oh! ¡Cuánto sueño tenía! No pensaba en otra cosa. ¡Pero es que había pensado en algo desde aquel momento, en que ante Córdoba caí en la vorágine de la guerra?

Algunos dirán que soy traidor a los míos; otros, que soy un asesino y un fascista. No, no soy traidor, ni asesino, ni siquiera un hombre; no soy sino un soldado sorprendido por la tempestad de la guerra de la cual no entiendo nada. Pues un soldado nunca sabe nada de la guerra, ni de la estrategia.

«Liberty», de Nueva York, julio 17 de 1937.

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

El Pacto de la Sociedad de Naciones

Acción colectiva

(Carta de Lord Cecil a "The Times")

Señor:

Lord Lothian no se ciñe a los términos del argumento que yo traté de exponer. Dice que las previsiones del Covenant, al que acertadamente llama tratado multilateral, no nos obligan, porque, en el tiempo relativamente corto que ha transcurrido desde que aquél se firmó, las circunstancias han cambiado. Esta es una doctrina muy peligrosa para aplicarla a cualquier tratado; y es indefendible cuando el tratado mismo prevé los medios para relevar a sus signatarios de sus obligaciones, ya sea reformando los artículos del tratado o retirándose de él. Lord Lothian no aboga ni por la reforma ni por la retirada, pero propone que declinemos la ejecución de aquéllas de nuestras promesas derivadas del tratado, que, según él, hoy merecen objeciones. Esto no me parece honrado, pues equivale a conservar el beneficio del contrato en tanto que se rehuye el pago del precio estipulado.

Para evitar errores, tengo que añadir que no puedo admitir que los cambios ocurridos en la situación internacional sean tan grandes como supone Lord Lothian.

Cuando se firmó el Covenant, Alemania y sus tres aliados, Rusia y los Estados Unidos, no eran miembros de la Sociedad de Naciones. Ahora tampoco lo son Alemania y los Estados Unidos. Pero Rusia se ha unido a la Sociedad de Naciones y el Japón la ha abandonado. Italia es un miembro muy tibio, que nunca sintió mucho entusiasmo. El Brasil y algunos otros países sudamericanos se han retirado. Pero México ha ingresado en ella, así como también otros Estados, tales como Austria-Hungría y Turquía, a los que se puede considerar equivalentes a los Estados que se han retirado. Tampoco puedo admitir que sea el fracaso de la Sociedad de Naciones en reparar los «errores» alemanes, la causa efectiva de sus dificultades. Alemania no ha pedido nunca, infructuosamente, reparación a la Sociedad de Naciones. Si hubiese acudido a ella presentando un caso que interesase a la opinión pública y no hubiera recibido satisfacción, habría tenido alguna excusa para su conducta. Pero la verdad es que los actuales gobernantes de Alemania consideran cualquier apelación a la acción colectiva para un arreglo pacífico de las cuestiones internacionales como incompatible con la dignidad nacional. No debe olvidarse tampoco que los dos retos lanzados en Manchuria y en Abisinia, lo fueron por naciones victoriosas en la Gran Guerra, que obtuvieron ventajas considerables con el Tratado de París.

Pero, como he dicho, estas consideraciones no me parecen que refuerzan el argumento de que ahora estemos en libertad de desatender nuestras obligaciones derivadas del Pacto, en detrimento de nuestros signatarios, y, en mi concepto, también de nuestro Imperio. En cuanto a las reiteradas referencias de Lord Lothian a la conferencia del Imperio, es bien sabido que se hicieron toda clase de esfuerzos para inducir a declararse en contra de la seguridad colectiva y que fracasaron. Esta es la razón por la cual no se mencionaba. De todas maneras, no podemos zafarnos de nuestro propio deber internacional, especulando sobre lo que puedan haber imaginado algunos de los delegados de los Dominios.

Tengo, por tanto, que estar en desacuerdo con el punto de vista de Lord Lothian en cuanto a la buena fe internacional, aunque al hacerlo se me culpe de legalista. Pero, en lo que se refiere a la parte práctica de la carta de Lord Lothian, no parezco ya tan apartado. A pesar de la primera parte de su argumento, declara que no está en contra de la acción colectiva de la Sociedad de Naciones con dos condiciones. Una, es que debe emprenderse con fuerza irresistible. Yo preferiría decir «eficaz mejor que irresistible», lo cual es imponer una condición rara vez realizada en este mundo. Su otra condición es que no debemos usar la acción colectiva para mantener el *statu quo*. Esto me deja perplejo. La finalidad de la acción colectiva, en virtud del Covenant, es evitar «que se recurra a la guerra», hasta que se hayan intentado todos los demás medios para obtener justicia. Contra lo que se va es contra la violencia, y en este sentido puede decirse, con verdad, que el Covenant es un paso hacia el establecimiento del reino de la Ley. Ciertamente no establece, ni lo intenta, una Federación Europea; pero si pretende substituir la violencia por procedimientos pacíficos en el arreglo de las disputas internacionales, y hasta que esto no sea un hecho, no es posible pensar en ningún avance hacia el gobierno internacional. Mientras las naciones reclamen el derecho a alterar las condiciones territoriales, u otras, a medida de su deseo, y si fuese necesario por la violencia, no puede haber seguridad para la paz, ni para la justicia. Hay que extender por todos los medios cuantas medidas conduzcan a un cambio pacífico del *statu quo*. Algo se ha hecho en este sentido y quizá se intente algo más. Pero decir que no debe emplearse la acción colectiva para mantener el *statu quo* o, en otras palabras, prevenir la agresión, es simplemente dejar al débil a merced del fuerte. Esa es, «pace», Lord Lothian, una doctrina inmoral que más tarde o más temprano terminará en un desastre mundial.

De usted, etcétera, CECIL.

Chelwood Gate, Haward's Hat, Sepbre. 10-1937.

P/S. Acabo de ver la amable contestación de Lord Rennel a mi primera carta.

¿Me perdonará si confieso que aún no veo claro el cambio que desea de los artículos 10 al 17? Pero si comprendo bien las últimas palabras de su carta, estoy de acuerdo en que la obligación del artículo 16 es la de actuar colectivamente y no de una manera unilateral.

Debo añadir también que Sir John Fischer Williams no ha interpretado bien lo que yo quería decir, probablemente por mi culpa. Estoy completamente de acuerdo con su interpretación del Covenant. Pero creo que cuando se ha producido la agresión violando el Covenant, debemos expresar nuestra disposición a emprender una acción si podemos asegurarnos apoyo suficiente.

"The Times", 14-9-37.

La batalla en "el espacio"

La táctica y la estrategia más modernas no han salido aún del radio en que se desarrollaban la estrategia y la táctica más antigua. Y en ese radio los perfeccionamientos y los progresos no son, de un modo general, sino complicaciones de una misma situación. Conjugación el tiempo imposible, el espacio indeterminado y las armas de un ejército, es toda la guerra, lo mismo hoy que en tiempos de Amílcar-Barea.

Una victoria nuestra en el tiempo: Guadalajara; otra: Brunete; otra: Belchite. Victorias en el espacio: la muda perplejidad de Ginebra, la sola convocatoria de la Conferencia de Nyon. Llamamos a estos últimos hechos «victorias diplomáticas», no es del todo exacto. La intriga diplomática no ha jugado en nuestra guerra por parte del Gobierno republicano papel ninguno. No es necesario un juego de intrigas cuando todo un pueblo se pone espontáneamente en pie para defender la dignidad humana y la libertad de la patria. La intriga diplomática será indispensable, quizá, para asegurar el porvenir de una traición, para elevar el rango internacional de un complot, para saquear la riqueza natural de un país. La intriga diplomática ha sido el arma de nuestros enemigos. Basada en el embuste sólo podía darles triunfos efímeros. Ese género de intriga permitió, por ejemplo, extender alrededor del mundo la noticia de la ocupación de Madrid por Franco el 7 de noviembre del año pasado (noticia no confirmada todavía, que los ha puesto en evidencia) y basándose en esa noticia ser reconocido el concilio de verdugos de Burgos por dos potencias fascistas, que con ese acto se desenmascararon a sí mismas, también. Nuestros triunfos «en el espacio» no pueden ser simples éxitos diplomáticos «de cámara», sino resultados de una atmósfera popular extendida en todos los países, representando nuestro espíritu, por la fuerza natural de los hechos. Y ese es el ejército que nos da los triunfos en el espacio. Son lentos a veces, casi nunca espectaculares, siempre seguros. Hemos necesitado un año para conseguir que la verdad española, por la sola fuerza de su inercia, de su presencia, se imponga en el mundo. Todos los «gabinetes psicológicos de masas» de Berlín, Roma y Burgos (talleres y oficinas del embuste) han sido impotentes para impedirlo.

Nuestra verdad serena, firme, ha empujado a nuestros enemigos poco a poco hacia la verdad también. Para ellos la verdad había de ser natural, como la luz solar para ciertas bacterias. Ya son ellos quienes, contra su propia voluntad, subrayan nuestras verdades medulares. Nos dicen que hemos tenido razón en todas nuestras acusaciones

y en todos nuestros juicios. Ahí están a la vista de todos, sin que nadie pueda negarlas, las divisiones italianas, los submarinos italianos, el saqueo de nuestras minas por Hitler, el bombardeo de nuestras ciudades por sus S. A. La verdad incontestable es que nuestros enemigos son la guerra y nosotros la paz. Ellos la barbarie, nosotros el derecho y la cultura. Con Salamanca están el cinismo y el crimen. Con Madrid, la dignidad heroica. Con Franco, la bestia. Con Azaña, el hombre. Esa victoria que nadie podría discutir hoy no ha necesitado «gabinetes de psicología de masas». Pero ha necesitado un año para tomar forma y extenderse impregnando el mundo entero. Esa ha sido nuestra gran victoria «en el espacio». Pero el cuerpo de esas victorias lo forman las otras, las que se obtienen, en el tiempo, con las armas, porque unas y otras deben ser inseparables para llegar al triunfo total.

Si Napoleón dijo que las guerras las gana el espíritu, quiso decir con eso que hay que contar con dos elementos para ganar una guerra: ejército y razón. El enemigo tiene sólo el ejército, un ejército que ni siquiera es suyo: que ha tomado al prestado dando como prenda España, es decir, tratando de hacer de España una patria de lance. Nosotros teníamos hasta hace poco la razón, el derecho, la justicia. Así y todo, resistíamos y ganábamos batallas. Ahora tenemos el ejército también. Por eso, porque lo han visto ya todos, porque es una evidencia sin réplica posible incluso para aquellos que en Francia e Inglaterra llevaban catorce meses de dudas, todos comienzan a decidirse. Incluso el dinero. El oro. En los momentos en que la luz es tan fuerte y las cosas están ya tan claras que es imposible todo claroscuro, el dinero necesita también parecer honrado. A través de los siglos se ha mantenido el oro no sólo con las armas, sino también precisamente actuando en el espacio con un falso idealismo. El idealismo humanitario, verdadero en unos casos y bien simulado en otros, ha hecho falta siempre para ganar cualquier género de batallas y cuando las fuerzas materiales han estado equilibradas ha triunfado siempre el idealismo verdadero.

Todo esto se podía resumir en la frase que oímos una vez a un viejo miliciano:

«La vida es la vida. Y hay que vivir como ella manda. El que no quiera entenderlo, tarde o temprano tendrá que dejarse morir en un rincón o pegarse un tiro.»

RAMON J. SENDER

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

CORRESPONDENCIA "NACIONALISTA"

Hasta las monjas, encerradas en sus conventos, claman por la libertad de su patria, "sojuzgadas por poderes extraños" y en la que se consideran como desterradas

Por si no bastasen los innumerables relatos de los evadidos del campo faccioso y los informes de periodistas extranjeros que, obligados por su profesión, han padecido el ambiente de la zona franquista; por si los documentos gráficos o impresos resultaran insuficientes para aquellos que tienen ojos y no ven; por si las autorizadas voces que, a diario, elevan sus indignadas protestas por los procedimientos inhumanos de los fascistas no colmasen ya la medida, llegan hasta nosotros cartas, testimonios escritos que, sin descubrirnos nada nuevo, aportan más detalles, curiosos unos, terribles otros y odiosos todos, sobre la situación en el campo «nacional».

Cartas procedentes de la España sojuzgada por Franco o a ella dirigidas, en las que, a pesar de la severa censura ejercida por los militares sublevados, se trasluce la amargura y el ambiente de terror a que están sometidos los desdichados españoles que la habitan.

Los religiosos, hartos ya de la farsa en que viven, o les obliga a vivir el dictadorzuelo que se titula

defensor de la religión, rezan oraciones como la que a continuación reproducimos. Es una plegaria en la que las palabras de la Salve se completan con otros ruegos. Está impresa en Zaragoza y de ella han repartido las monjas un elevado número de ejemplares.

He aquí unos párrafos de dicha oración:

«Por eso, porque eres Vida, Dulzura y Esperanza nuestra, a «Ti llamamos los desterrados hijos de España» que nos sentimos como extraños y desterrados en nuestra Patria.»

«Pero ¡ay!, que en éste que debiera ser Huerto y tu Jardín de delicias, ha penetrado insidiosamente la serpiente infernal como en el paraíso, y le ha convertido en valle de lágrimas.»

«Nosotros vemos en peligro inminente y casi en trance de muerte, a nuestra Madre Patria y por eso venimos gimiendo y llorando a pedirte para ella la salud y la salvación, que sólo de tu amor de Madre y de tu poder de Reina esperamos, "pues de los medios puramen-

te humanos, hemos perdido ya toda esperanza de remedio».

«Te pide además que "después de este destierro", en el que estamos viviendo dentro de nuestra propia Patria, sojuzgados por poderes exteriores que la tiranizan, nos muestres a Jesús fruto bendito...»

Los comentarios a la ingenua oración huelgan. Ya, hasta las monjas, encerradas en sus conventos, claman por la libertad de su Patria sojuzgada por poderes extraños y en la que se consideran como desterradas. Su desconfianza en los tiranos les hace exclamar que han perdido ya la esperanza en los medios humanos.

Los religiosos que han puesto varias fronteras por medio, si bien no se atreven a volver a la zona de Franco, dan en cambio órdenes o consejos a aquellos que aún permanecen en el territorio patrio, ignorando que la situación no permite a los ciudadanos del campo faccioso moverse libremente.

Una monja residente en Londres manda despedir a una monja y

(Continúa en la página siguiente)

Correspondencia "nacionalista"

(Continuación)

aconseja no admitir a otras, en una carta que dirige a la Madre Maestra de Ciempozuelos y que dice así:

"Muy amada Madre Maestra en el Señor... en cuanto a Sor María Clementina repito, si los médicos dicen que no puede continuar, aunque con sentimiento había que despedirla."

"Haga presente a la Madre Priora para que si no han hecho las votaciones las hagan. Desde luego nos parece bien no admitir a la profesión a Sor Celma de San José, si hay alguna aspirante dudosa también habrá que despedirla."

La desconfianza es tan grande que incluso para una profesión puramente religiosa y espiritual, hay personas «dudosas».

Un fraile aconseja a sus familiares, residentes en América, que no se apresuren a regresar a la zona facciosa y les demuestra su poca seguridad en el triunfo. Este religioso de Villalpando (Zamora) escribe lo siguiente:

"Me retrasé en contestaros por estar de ejercicios y trabajando en hacer escapularios y "detentes" para los soldaditos. Mañana (D. M.) lunes saldrá nuestro Guillermo para Zamora, y después por donde lo destinen (aún no tiene 18 años)."

"De vuestro asunto de viaje, por ahora debéis suspenderlo. Un poquito de paciencia, y más adelante será otra cosa. Por ganas que tengáis de venir, tengo yo muchas más de veros. PACIENCIA, PACIENCIA. Habéis estado en esas tierras treinta años, pues esperad un poquito más y todo resultará bien. Un encargo os hago, y es que pidáis a Jesús y a su bendita Madre por esta Comunidad, pues nos vemos muy necesitados; no os lo podéis figurar."

Como se ve, a pesar de estar entre los que pretenden ser cruzados de la religión, los propios religiosos están "muy necesitados", tanto, que no se lo puede figurar nadie.

Otros frailes, hacen honor a su tradición de trabucaires y sanguinarios. Su cobardía es, sin embargo, mayor que su entusiasmo, y escriben desde el otro lado del Atlántico, como un marista que lo hace desde Luján (Argentina), en la forma siguiente:

"Muy querida y estimada hermana: Aquí el día 18 de julio, el día del "primer año del triunfo", lo celebramos como mejor pudimos."

"Este día nos pusimos los españoles compañeros míos la bandera bicolor sobre el pecho. Al mediodía oímos discos españoles en el fonógrafo, y por fin, a la noche, después de cenar, y en el recreo, terminamos la fiesta cantando (entre 16 españoles que somos), los himnos de Falange, de las J. O. N. S., el de los requetés, el del legionario de la Juventud de Acción Popular y algunos otros, tirando algunos cohetes que yo mismo, con otro compañero más, fabricamos. Y aunque esto no les gustó a algunos, siempre de corto juicio y de los cuales hay en todas partes, aún en religión, nosotros nos divertimos muy bien e hicimos todo aquello en honor de nuestra querida España."

"Cuando ésta llegue, a lo mejor ya cayó Madrid."

Otro hermano marista de Cárdenas (Cuba), que se dedica a explotar negros, escribe:

"Amantísimos padres y hermanos: No se pueden imaginar con qué ansiedad seguimos todas las peripecias de la guerra civil. ¡Qué alegría tan intensa el día que los nacionalistas entraron en Bilbao! ¡Lástima que no puedan ir más rápidamente! Toda la culpa la tienen los ingleses, los rusos y, sobre todo, los franceses."

Si no fuera por ellos, hace ya tiempo que la guerra hubiera terminado y favorablemente para los españoles: (digo, para las huestes del Generalísimo Franco).

"Recibí otra carta de Roma. Me habla de sus ocupaciones; por el momento, se dedica a la escuela de catequistas que tiene en su puesto de misión. ¡Son dos padres! Tiene unos sesenta alumnos varones que oscilan entre los diez y los veinticinco, y él da clase a los mayores dos horas por la mañana para iniciarlos en lo más elemental de la enseñanza (leer, escribir, cuatro operaciones). Y por la tarde, durante tres horas, les enseña Catecismo. El resto del tiempo lo pasan los negros en sus plantaciones y terrenos, y él los acompaña para vigilarlos, pues parece que cuando se encuentran solos, rinden muy poco trabajo."

"Del hermano Emiliano, acabo de recibir carta esta misma mañana. Dice que la situación de Colombia se está empeorando rápidamente. ¡El Gobierno ha negado la entrada en el país al gran poeta cristiano y español José María Pemán, y, en cambio, está recibiendo y honrando a los republicanos que allí acuden!"

El odio a los países democráticos se trasluce también en otras muchas cartas como ésta dirigida a la zona facciosa desde Nueva York.

"Queridísimo hermano Juanito: Los cochinos franceses siguen haciendo de las suyas, tratando de descreditar a España como de costumbre, pero, vaya, ya les daremos para el pelo; cuando renazca la nueva España, entonces sabrán ellos con quién se les están jugando. Pues hay que ver de qué forma siempre nos han tratado, los guarros franchutes, y nunca han dejado oportunidad de difamar a nuestra gran y querida España. Todo debido a la corrupción gubernamental de que hemos sufrido en los últimos cincuenta años previo Movimiento Nacionalista Español, pues ya se han dado cuenta, no los franchutes, pero también el mundo, de que Franco no es quien deja que se atropelle el nombre de nuestra patria."

Nótese cómo los «nacionales» incluyen en sus dictérios a todos los ciudadanos de los países democráticos. La mentalidad cretinoide de estos sujetos no distingue entre pueblos y Gobiernos. Entre naciones y regímenes.

El odio a las democracias lo hacen también extensivo a su propia patria como este millonario español residente en Panamá, que desea el exterminio de vascos y catalanes:

"Querido sobrino: No sabes cuánto me alegro de saber que te encuentras peleando en defensa de España y librándote del poder de Francia, Rusia e Inglaterra, que han jurado perderla. Me alegro también que te encuentres en ese frente (de Palencia), para detener a los marxistas canallas que tanto odia Queipo de Llano, y para que caigan otra vez bajo el dominio de Castilla esos vascos hechura de Inglaterra, que quieren separarse de España para ser una colonia inglesa. Pero jamás Castilla permitirá tal deshonra; son muy valientes sus habitantes para llevar sobre sí tal humillación. ¡Y ojalá que después de terminar en ese frente vayáis a conquistar y a matar catalanes, sometidos ignominiosamente al poder de Rusia y Francia, para cogérselo ella para sí!"

"Te recomiendo te portes como buen castellano, signo de los que desde las montañas de Covadonga comenzaron la reconquista de España en poder de los árabes; hoy los nuevos árabes son los vascos, franceses e ingleses; no ha de quedar uno sólo en territorio español."

"Los panameños hablan muy bien el castellano, pero no quieren sino a los yanquis, y se van haciendo a sus malas costumbres."

"Como ellos son tan perezosos y tan cobardes, no pueden comprender cómo los españoles luchan."

La carta toda es tan grotesca que no merece como comentario sino la risa.

Un comunicado del Comité de Coordinación

La delegación del Comité Internacional de Coordinación de la Ayuda a la República Española, que fué a España en agosto último y que estaba compuesta por representantes de once países, especialmente de Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, Checoslovaquia, etc., tiene el honor de entregar al señor Presidente de la Asamblea de la S. de N. las conclusiones generales que, por unanimidad, ha aprobado la delegación.

Después de haber visitado los frentes de Madrid, después de haber conversado con el Presidente de la República, Azaña, con los presidentes Negrín y Companys, con los miembros del Gobierno, con los jefes militares y civiles y con los responsables españoles del movimiento de solidaridad, la delegación del Comité Internacional, habiendo comprobado la fuerte organización técnica de la defensa militar, la disciplina y el espíritu ciudadano de la población y la unión fraternal de castellanos, vascos, catalanes, católicos, republicanos, socialistas y comunistas, que colaboran dentro del Gobierno, vuelven convencidos de que

la España republicana es invencible y aprecian cuán fuertemente se ha planteado a las democracias la cuestión de saber si dejarán que la destrucción de vidas humanas siga multiplicándose, si consentirán la ruina material de España y si tolerarán que el fascismo internacional se comprometa aún más en la aventura, que ha provocado hasta el punto de no tener otra salida que la guerra internacional extendida a todo el Mediterráneo y más allá de la frontera de los Pirineos.

La delegación, estimando que ha fracasado la política de no intervención, saboteada por el fascismo internacional, y que, desde ahora, no hay para las democracias más política posible que la de la seguridad colectiva, PIDE A LA SOCIEDAD DE NACIONES QUE APLIQUE EL ARTICULO 10 DEL PACTO Y SE ENCARGUE DE ARREGLAR LA CUESTION ESPAÑOLA ARROSTRANDO TODAS LAS CONSECUENCIAS QUE PUEDA TENER LA APLICACION DE LAS CLAUSULAS DEL PACTO.

(«Le Peuple», París, 16-IX-37.)

Ciegos y lisiados

—Hay que acabar con la piratería...

—¿Cuál? ¿La que hace innavegable el Mediterráneo? ¿Y quiénes son los piratas?

—Es inútil buscarlos; limitémonos a impedir la piratería.

—¿Con quién se va a deliberar?

—Con los mismos piratas. ¿Entonces son conocidos? Naturalmente; pero no hay que decirlo. ¿Por qué? Porque se molestarían y no vendrían a deliberar.

—Y cuando deliberan, ¿mantienen la palabra empeñada?

—No; continúan violándola.

—Entonces, ¿por qué se delibera con ellos?

—Para ganar tiempo.

—Pero ese tiempo ganado por los piratas, ¿no es un tiempo perdido por la paz?

—Sin duda, pues lo que los piratas hacen es crear cada día nuevas posibilidades de guerra.

Ocurre un día que un barco alemán es objeto de un bombardeo porque se hallaba en la zona de guerra, con los adversarios del Gobierno español, en un sitio en donde no tenía derecho alguno a estar, en el preciso instante en que apuntaba sus cañones hacia los aviones gubernamentales.

Todos estos puntos son rigurosamente exactos y confesados por Alemania. Al día siguiente, sin previo aviso, los alemanes bombardean un puerto de España y asesinan a veinticinco personas inocentes; ayer Goering se vanagloriaba públicamente de esta triste hazaña.

Un embajador de Inglaterra ha sido herido por el Japón. Inglaterra protesta enérgicamente y pide una indemnización. Todo el mundo encuentra esto natural.

Los sucesos de España

El puerto de El Ferrol está lleno de barcos alemanes

LONDRES, 13. — El vapor «Candleston Castle», que con el «Molton» estuvo apresado durante varias semanas en el Norte de España por las autoridades rebeldes y ha sido libertado recientemente, ha llegado esta tarde a Cardiff, donde fué acogido con aclamaciones por la multitud de parientes y amigos de los tripulantes y de simples curiosos apinados en los muelles.

El capitán Herbert, después de recordar que su barco había sido detenido a unas diez millas de la costa de Gijón por un crucero rebelde y conducido a El Ferrol, ha facilitado las siguientes indicaciones:

«Hemos visto muchos buques alemanes, entre ellos, tres submarinos, en El Ferrol. Este puerto está lleno de barcos mercantes alemanes, petroleros algunos de ellos. Un día llegaron dos remolcadores italianos acompañando a un barco de guerra.»

(«Le Peuple», Bruselas, 15-IX-37.)

Por falta material de espacio no publicamos hoy nuestro folletón "El pueblo español en armas", el cual continuará en el número de mañana

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

Un avión faccioso bombardea al contratorpedero británico "Fearless"

LONDRES. — La Agencia Reuter recibe noticias según las cuales seis bombas lanzadas por un avión que se dirigió después a bombardear Gijón, cayeron ayer no lejos del contratorpedero «Fearless», que se encontraba en las cercanías de este puerto.

El barco no fué alcanzado. El Almirantazgo ha confirmado esta nueva agresión, que es la novena que se comete contra unidades inglesas.—Fabra.